

¿Qué, de un acontecimiento (traumático), resuena en el cuerpo?

Una contingencia en mi recorrido de análisis me lleva a realizar la elección por mi cuarto y último analista - El protagonizaría , años antes, un “no” que haría serie con otro ocurrido justo antes de la elección: el primero, se refería a la entrada a la Escuela como miembro y el segundo, relativo a la respuesta del cartel del pase al cual, concluyendo mi tercer análisis, respondiera con la “no nominación” sustentada en la idea de que “...algo de la pulsión permanecía anestesiado”.

No sería difícil reconocer en esta misma frase del cartel uno de los puntos nodales de un programa de goce a ser deslindado, vehiculizado por el significante “anestesiado”.

Había elegido la “anestesiología” como especialidad a la que me dediqué en mis primeros años de práctica médica. Práctica donde, muy tempranamente, encontré un tedio y una tristeza que me llevó a mi primer análisis.

Los “no” colocados en serie produjeron angustia y, si en el análisis anterior la voz ensordecedora del Otro materno asociada al silencio mortífero del padre dieron el tono al tratamiento, esta vez la “mirada” tomaría el proscenio desde las primeras entrevistas.

Un sueño viene a marcar la inclusión del analista en una lógica que se despliega en lo que sigue: “...llego para la sesión y la sala de espera está repleta...entonces, tenía que aguardar por mucho tiempo, pero, extrañamente, soy llamado de inmediato...ya dentro de su consultorio, noto que la puerta permanecía abierta de modo que todos asistían al desarrollo de la sesión que acontecía a partir de una demanda para que me recueste en el diván...El analista, con un gesto casi agresivo, me muestra un residuo situado en la punta de su dedo y que había sido retirado de mi oído! Seguidamente, en posesión de una tijera, rasga el diván...”

La angustia me despierta y me conduce a asociar el residuo retirado del cuerpo como lo que fuera operado en el anterior análisis, la rasgadura en el diván abriría la perspectiva de que, en la conclusión del análisis, redundó en la circunscripción del síntoma vinculado a una “sombra siniestra” que había sido mi compañera desde siempre.

El analista, por lo tanto, estaba muy bien localizado para, a partir de su presencia, operar sobre la “anestesia” a la que fui sometido y que delineaba una “zona de sombra”.

La “urgencia” y el cuerpo a punto de “no existir”

Nací bajo la condición de una emergencia médica presidida por una patología obstétrica en que el intenso sangrado ponía en riesgo la vida de la madre y del hijo.

“-Por muy poco”, profirió el médico, inaugurando una condición de amor cuyo sentido remitiría siempre a producir una urgencia y hacer del Otro, en su consistencia, el salvador de un cuerpo a punto de sucumbir. Además, la fantasía que incidía sobre un supuesto masoquismo referido a la mujer, confirmaba la miseria del cuerpo femenino siempre vulnerable al dolor y al sufrimiento.

La imagen de consternación del padre delante de la *“mater dolorosa”* y la identificación imaginaria al sacrificio de San Sebastián traídas por recuerdos infantiles posibilitaron una lectura que apuntaba a la tentativa de captura del dolor del cuerpo del Otro que, en el límite, llevaría a “dar el propio cuerpo en sacrificio” para cumplir, en una lógica superyoica, un destino heroico.

Entretanto, todos esos efectos de verdad recogidos a lo largo de mis análisis, pudieron venir a la luz a través de una escena traumática cuyos desarrollos redundaron en una reducción en la que se destacan la “mirada”, la “anestesia” y el “cuerpo caído”.

Tal escena, retomada infinitas veces en el tratamiento, se destaca menos por su valor traumático asociado a aquello que se puede desprender a partir de la construcción del fantasma y su reducción a un axioma, que al valor de “un agujero” alcanzado en una contingencia que atravesó el discurso analizante cuando se esforzaba por romper la barrera provocada ocasionalmente por el surgimiento de la transferencia negativa.

Fui atacado por un animal, un mono, a los cinco años de edad. El ataque que sucede, como dije antes, delante de los ojos de la madre proporciona todos los matices para la construcción del fantasma, así como da las bases para una seriación donde el cuerpo y el Otro adquieren la consistencia necesaria para soportar la existencia.

Como bien destacó Mauricio Tarrab en su comentario de mi primer testimonio, el “encuentro con esa mirada, humaniza la escena” que, por su naturaleza es violenta y apela siempre al sentido.

No obstante, si tal encuentro puede humanizar el deseo, esa operación se da a cuenta de una “anestesia”. El signo de amor interpretado a partir de la mirada, encubre lo “inhumano” que da su valor al trauma.

“Monos me muerden...”

Se trata de una expresión popular de la lengua portuguesa para designar un estado de espanto hasta de perplejidad frente a algo inédito o fuera de sentido. Explorando un

poco más, podemos llegar a decir “monos me muerden!” para salir de una condición de adormecimiento o de anestesia supuesta para verificar la vida en el cuerpo.

Siempre decía, a modo de chiste, que yo jamás podría proferir esa expresión porque, literalmente, ya había sido mordido por uno...Pero, entonces, ¿el signo de lo vivo, en mi caso, podría estar ligado a una contingencia como esta? Anticipo aquí un “sí”.

Mientras relataba al analista la escena traumática infantil del ataque del animal, fui sorprendido con algo inédito! Aunque hubo varias tentativas de reconstrucción de la escena, constato que no había ningún registro de haber sentido dolor en el momento del ataque – la condición del dolor que daría consistencia al cuerpo siendo visto en la inminencia de la muerte fue atravesada por la asunción, en el discurso analizante, de esta constatación! Por lo tanto, el dolor fue forcluído. La sesión fue cortada con un “sí, eso es muy preciso”, adviniendo del analista.

Entonces, “monos me muerden”! pues estaba perplejo por haberme deparado con el hecho de que anestesiasse un dolor que jamás existió, abriendo la vía que me llevaría a la conclusión del análisis en un tiempo en que el cuerpo, destituido de la suposición del dolor en su consistencia, entraría en un circuito casi desesperado, de intentar capturar el vacío allí instaurado con el riesgo de unirse al vacío, literalmente.

Ese tiempo, no obstante, fue necesario en primer lugar, para cernir otro tiempo que caracterizó la suspensión del cuerpo. Ese tiempo, el tiempo de un lapso, fue extraído de la misma escena traumática: - un tiempo en que el mundo quedó “congelado” y que sucedió entre el ataque del animal que proyecta mi cuerpo contra el suelo hasta el encuentro con la mirada de la madre.

Este lapso fue suficiente para instaurar, en el campo de lo visible, un punto ciego que nominé como una “sombra dismórfica”y que funcionó como una amenaza perenne a la existencia.

En segundo lugar, para comprender que tal “sombra dismórfica” percibida como un elemento “inherente’ al discurso analizante y razón de sufrimiento, fue un efecto de un desplazamiento operado en la defensa pero que, al fin, su residuo puede ser localizado en ese lapso donde el acontecimiento de cuerpo tiene lugar. Esto quiere decir que el “acontecimiento de cuerpo” sólo pudo ser aprehendido a partir del límite al que el análisis me condujo.

Como efecto, por un lado me encuentro con el vacío inaugurado por la “forclusion del dolor” y por otro, con la configuración de una “sombra” entrometiéndose en el campo de lo visible! Dos elementos que indican que el cuerpo goza de si mismo independientemente de lo que discurre en la búsqueda de sentido.

Entonces, si en el mismo lugar que se instaura la ausencia de registro de dolor en su carácter de irreductible, un vacío, y la congruencia del campo de lo invisible sobre lo visible, surgida como residuo de una “sombra dismórfica, concibo ese “lapso de tiempo” como un punto de torsión donde, a través de la contingencia, pude entrever algo de goce fuera de sentido del lenguaje y fuera de la configuración que lo imaginario le promulga.

Un sueño en el límite de la palabra

Si el analista con su presencia me llevó al límite de lo decible, un sueño producido en la víspera del enunciado de la conclusión trajo lo que había en juego en la satisfacción que estaba en el origen:

“Veo en el horizonte un punto negro que contrasta con el azul del cielo, poco a poco, a medida que se aproxima, se va transformando en un inmenso caballo con formas desproporcionadas con un pequeño caballero sobre si. La amenaza de que todo sería destruido por él se disipa en el momento en que percibo que se trata sólo de una sombra sin ninguna consistencia material...el caballo/sombra pasa y no ocurre nada. El segundo tiempo del sueño repite la misma estructura que, del mismo azul del cielo surge una nube tambaleante que cae sobre mi casa. En el sueño pierdo la conciencia, un lapso de tiempo se produce entre el impacto destructor y el retomar de conciencia en que constato que nada había sucedido”.

El analista apunta que es “la nada que me despierta”... “he ahí lo real como nada”, me dice, interrumpiendo la sesión.

Me sumerjo en la oscuridad de las escaleras sin darme cuenta de que no había encendido la luz del interruptor. Fue preciso que el analista me alertase de ese simple gesto para que el acting no fuese repetido al día siguiente.

El campo de lo visible sólo puede ser delimitado a partir de la inmanencia de lo que es imposible de ver. Llegaría, por lo tanto, a lo irreductible, sumergirme en la oscuridad como había hecho varias veces en la preeminencia de la angustia y que el acting out intentaba reproducir, no sería la solución.

En las horas que siguieron, pude consentir a que no había nada más que decir y que una invención podía tener lugar. En última instancia, decía “sí” nuevamente al dispositivo del pase, pero esta vez, sin el recurso de tomar “el silencio del padre” como causa última que determinara mi existencia, sino, en una torsión, tomándolo como posibilidad de correr el riesgo de una invención.

Tomé en el sueño “la sombra” en su desproporción aparente y concluí que se trataba de una silueta colocada en “anamorfosis” extrayendo de ahí una satisfacción inédita. Digo inédita pues jamás había consentido recibir un “sí” sin que la ferocidad del

superyó viniese a traer la tormenta y, “monos me muerden!” el cartel del pase me dice si!

Luiz Fernando C Cunha março de 2016